

FANON, *PIEL NEGRA*, *MÁSCARAS BLANCAS* Y LA DECOLONIZACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES

RAMÓN GROSFUGUEL
UNIVERSITY OF CALIFORNIA (DEPARTMENT OF ETHNIC STUDIES) EUA
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9051-1573>

El libro de Frantz Fanon *Piel negra, máscaras blancas* (1975) es una intervención absolutamente ignorada en los debates contemporáneos y constituye una contribución fundamental a la decolonización no solamente del imaginario racista colonial sino también de las ciencias sociales. Este libro fue publicado en francés originalmente en 1952. Si vamos a trazar un “origen” a las nuevas ciencias sociales decoloniales, habría que ubicarlo en la publicación de este libro. Lamentablemente, en relación con otro de sus libros, *Los condenados de la tierra* (Fanon, 1970), publicado en francés en 1961, *Piel negra, máscaras blancas* es mucho menos conocido. Siguiendo la escuela de filósofos fanonianos afrocaribeños como Silvia Wynter, Lewis Gordon, Paget Henry y Nelson Maldonado-Torres, no se puede entender con profundidad el libro *Los condenados de la tierra* y el proyecto decolonizador de Fanon sin haber leído antes y sin ponerlo en relación con el libro *Piel negra, máscaras blancas*. Este artículo busca descifrar la contribución de Fanon a la decolonización de las ciencias sociales enfocado en la colonialidad del saber y del poder. En particular se pone atención a aquellos momentos del texto que son útiles para pensar en la decolonización de las ciencias sociales en vías de producir lo que Nelson Maldonado-Torres (2008) ha llamado las “ciencias decoloniales” del siglo XXI. Para Maldonado-Torres, si las ciencias coloniales parten del *ego cogito* cartesiano, las ciencias decoloniales deben partir del *damné* (el condenado) de Frantz Fanon y Aimé Césaire. Fanon y Césaire son a las ciencias decoloniales lo que René Descartes fue para las ciencias coloniales. Este libro se encuentra en la frontera de los aspectos subjetivos, psíquicos, que trata la psicología y los aspectos estructurales y estructurantes que tratan otras disciplinas de las ciencias sociales. Este libro, publicado por primera vez en 1952, es disciplinariamente inclasificable porque constituye una intervención transdisciplinaria y decolonial de las ciencias sociales que funda y origina la corriente que hoy llamamos ciencias sociales decoloniales.

APUNTES METODOLÓGICOS DECOLONIALES

Fanon habla y teoriza desde la zona del no-ser, es decir, desde la geopolítica y la corpo-política del conocimiento del ser colonizado, clasificado racialmente como “negro”, de los “condenados de la tierra” en un mundo racista hegemonizado por blancos, es decir, hegemonizado por los “afortunados de la tierra”. Mientras que la filosofía moderna y las ciencias sociales coloniales se enfocan en los sujetos cuya existencia y subjetividad se definen por el ser imperial, por los “afortunados de la tierra”, Fanon se enfoca en la perspectiva epistémica que nace desde los condenados de la tierra, es decir, aquellos sujetos inferiorizados sexual, espiritual, epistémica, económica y racialmente por el “sistema-mundo occidentalista cristiano centrado moderno/colonial capitalista/patriarcal” (Grosfoguel, 2007). ¿Qué significa pensar epistémicamente desde el no-ser del ser, desde los “condenados” por los “afortunados”? Esto significa que las categorías del ser ya no son suficientes para demarcar la realidad y para afirmar la “verdad” de la experiencia corporal y geopolítica de los que piensan desde el no-ser. El territorio del no-ser es el de la corpo-política y geopolítica del conocimiento del ser colonial (Maldonado-Torres, 2008) que produce el ser imperial, mientras que el territorio del ser es el de la geopolítica y corpo-política del conocimiento de aquel que pretende representar su conocimiento bajo la retórica de la ego-política del conocimiento (el ser descarnado, sin cuerpo y no situado eurocentrado de la epistemología cartesiana) que oculta la geopolítica y corpo-política del conocimiento del ser imperial y que se representa como “neutral” y “objetivo”. Parafraseando a Fanon, el negro en un sistema-mundo capitalista blanco no puede descender al infierno porque está ya en el infierno, ya está condenado. ¿Qué significa pensar desde el infierno terrestre, desde los condenados de la tierra? ¿Qué tipo de subjetividad, mecanismos psíquicos y existencia social se producen desde el ser colonial? Es a estas preguntas que Fanon dedica su libro *Piel negra, máscaras blancas* (1975).

El racismo es para Fanon, entre otras cosas, una aberración afectiva. Tan enfermizo es adorar a los negros como odiarlos, tan miserable es convertir al negro en blanco como odiar al blanco. Nos dice Fanon que al negro se le debe amar como a cualquier otro ser humano (francés, checo, ruso o lo que sea). Pero en el sistema-mundo capitalista-colonial donde ser blanco es equivalente con ser humano, con ser “afortunado de la tierra”, el negro, colonizado subjetivamente, quiere y desea ser blanco para poder ser humano, mientras el blanco quiere esclavizar a los no-blancos para sentirse como un ser humanamente superior. El blanco se considera superior, mientras el negro quiere probar a toda costa al blanco la riqueza de su pensamiento y el valor igualitario de su pensamiento y su ser.

Fanon usa una interpretación psicoanalítica decolonial del “racismo antinegro” responsable de la estructura del complejo narcisista de superioridad e inferioridad en las relaciones entre occidentales y no occidentales en el

contexto colonial global. El análisis del libro es sobre todo en el plano psíquico-político-social. Pero Fanon no se contenta con hacer uso del psicoanálisis, sino que para que le sea útil a su proyecto de decolonización mental y cognitiva, hace una crítica decolonial a Freud, Lacan y a la tradición psicológica en las ciencias sociales. Para Fanon, el problema del racismo antinegro no puede analizarse desde un reduccionismo metodológico individualista o psicologista. Los individuos y sus estructuras psíquicas constituyen para Fanon internalizaciones de estructuras sociales y relaciones de dominación más amplias. Por tanto, la desalienación/decolonización de los negros requiere de un reconocimiento inmediato de las realidades sociales y económicas. Mucho antes de que los sociólogos franceses (Gurvitch o Bourdieu) hablaran del *habitus* o la internalización de las estructuras sociales en los cuerpos de los individuos, Fanon ya hablaba de la “epidermización” como incrustación psíquico-corporal de procesos y estructuras sociales de dominación. Para Fanon, el complejo de inferioridad psicorracial es el resultado de un doble proceso: primero económico y subsiguientemente la internalización —epidermización— de su inferioridad en las estructuras psíquico-corporales de los sujetos. La sociogénesis (sociodiagnos) como método y perspectiva precede y es constitutiva de la ontogénesis (el nivel individual o psíquico del psicoanálisis de Freud).

El “sistema-mundo occidental capitalista/patriarcal” busca internalizar las desigualdades sociales producidas por el sistema en la psiquis de la comunidad negra y reducir la explicación de esta desigualdad a sus comportamientos individuales. Cuando los negros declaran en tono de salvación del alma que “es todo mi culpa” asumen una actitud colonial propia de alguien que ha internalizado o “epidermizado” las estructuras de dominación racistas. Para Fanon, la decolonización de las ciencias sociales pasaría por el reconocimiento de que el “mundo psíquico interior” no está desvinculado del “mundo estructural exterior” y por situar la experiencia diferenciada entre un blanco y un negro dentro de un sistema-mundo capitalista-racial. Esta división entre “mundo psíquico, subjetivo interior” y “mundo estructural, objetivo exterior” constituye para Fanon un falso dilema que se reproduce en las ciencias sociales eurocentradas. Pero Fanon añade a esto que el cómo se viven los procesos de epidermización será distinto en un negro que en un blanco.

En el mundo blanco, los negros encuentran dificultades en el desarrollo de la esquemata corporal. Según Fanon, los movimientos corporales no están hechos a base de hábitos sino a base de conocimientos implícitos que componen lentamente el yo como cuerpo en medio de un mundo espacial y temporal dominado por los blancos. No se impone a sí mismo sobre el sujeto como si fuera una exterioridad absoluta; es más bien una estructuración definitiva entre el yo y el mundo —definitiva porque crea una dialéctica entre el cuerpo y el mundo donde el cuerpo internaliza un lugar inferior en el mundo blanco—. De manera que debajo de la esquemata corporal de las corporalizaciones que experimentan con blanquear la piel del negro para hacer posible sacar al negro de su “miseria” y su

“salvajismo” blanqueándolo, Fanon bosqueja una esquemata histórico-racial. Los elementos que usa Fanon han sido proveídos no por las sensaciones residuales, o por las percepciones de carácter táctil, kinética, o visual del cuerpo de los negros, sino por el “otro”, el hombre blanco que ha tejido, interiorizado miles de detalles, anécdotas y cuentos en el cuerpo de los negros. Al ser situado por el ojo del blanco (el niño blanco que dice “¡Mira, mamá, un negro! ¡Tengo miedo!”), que tiene el privilegio ontológico y epistémico de clasificar al otro, la esquemata corporal se pulveriza y cede a la esquemata racial epidérmica. Fanon nos dice que no podía reír ante su experiencia con el niño aterrorizado al verlo en una calle de París porque sabía que hay leyendas, cuentos, historias, y, sobre todo, historicidad en la construcción de los cuerpos negros. El negro es construido como responsable por su cuerpo, su raza y sus ancestros. Es sometido a un examen objetivo, sobre sus características étnicas. Los cuerpos negros están abatidos por leyendas, historias y cuentos de canibalismo, deficiencia mental, fetichismo, defectos raciales, barcos de esclavos, etcétera.

Para Fanon, la alienación/colonización de los negros no es reducible al plano individual. La lucha decolonizadora de los negros es simultáneamente contra dos niveles: el nivel psíquico-individual y el nivel macroestructural de los procesos sociales. El asunto es ver cómo históricamente se constituyen o fusionan uno al otro. Esto tiene implicaciones fundamentales a nivel político. Cualquier liberación unilateral privilegiando solamente uno de los niveles es incompleta y el error más grave es creer en su automática interdependencia, es decir, creer que resolviendo uno de los niveles automáticamente se resuelve el otro (materialismo reduccionista de ciertos marxistas o psicologismo reduccionista de ciertos psicoanalistas). Para Fanon, comprender la realidad del negro requiere de una comprensión de la totalidad del proceso de dominación y explotación: tanto a nivel estructural como a nivel de la subjetividad se requiere proveer de soluciones en ambos planos. No se pueden desconectar los procesos socioeconómicos del racismo, aun cuando se trate de los proletarios blancos frente a los proletarios negros como en África del sur. Si los trabajadores blancos pobres son racistas no es porque exista algún complejo psicológico sino porque las estructuras sociales mismas son racistas. Para Fanon, todas las formas de explotación se parecen unas a las otras en su pretensión de buscar la esencia de su necesidad en algún edicto bíblico y mistificando los problemas sociales como si fueran características culturales o biológicamente ancestrales intrínsecas a los individuos y sus culturas.

Pero lo más perverso es que el europeo no se conforma con rechazar al negro de las colonias ignorándolo, sino que repudia a aquellos a quienes ha construido en su propia imagen y semejanza. Un negro criado en Europa y europeizado no entiende a los otros negros, mientras que los blancos no lo entienden a él. Para el europeo, “eres un negro pero piensas y actúas como un europeo. Tú pareces negro, pero no eres suficientemente salvaje. Eres civilizado como los europeos. De manera que eres como uno de nosotros pero no suficientemente”. Así que, para el negro, el “otro” es el blanco y

el ser aceptado por el blanco nunca ocurre a plenitud y de ahí su autorrechazo afectivo producido por una neurosis de abandono. El propósito de la intervención de Fanon es generar un encuentro más saludable entre blancos y negros por medio de hacer entender a los negros los elementos psicológicos que son producto de la inferiorización social de los negros (complejo de inferioridad), y por medio de hacer entender a los blancos los elementos psicológicos que son producto de la “superiorización” de los blancos (delirio de superioridad).

La estructura neurótica de los individuos es la elaboración, formación y erupción dentro del ego de los conflictos que emergen en parte producto de la sociedad y en parte producto de la forma puramente personal en que los individuos reaccionan a estas influencias. En el momento en que los negros aceptan subjetivamente la jerarquía racial de los europeos, la solución que se deriva es querer convertirse en blanco. Pero para Fanon hay otras soluciones a este asunto e implican la reestructuración y transformación radical del mundo.

El problema del colonialismo implica no solamente la interrelación de condiciones históricas objetivas sino también las actitudes y acciones humanas frente a estas condiciones. El complejo de inferioridad en los pueblos colonizados no son una característica intrínseca, esencialista, ahistórica interna a la cultura y la psiquis de los individuos de dichos pueblos que precede a las relaciones coloniales, como Fanon le critica a Mannoni, sino que son el resultado de una relación histórica de dominación y explotación capitalista-colonial.

Para Fanon, el contexto histórico es fundamental. “No vengo con verdades atemporales” nos dice ya desde la tercera oración del libro. En Fanon, todos los problemas humanos tienen que ser considerados desde el punto de vista del tiempo. Los problemas sociales tienen que ser situados en el contexto histórico de las relaciones de dominación del mundo que habitamos. Sitúa su conocimiento en relación con la experiencia colonial de los negros de las Antillas francesas y no tiene pretensión de universalizarlo a la experiencia de todos los negros del mundo. Sin embargo, insiste que a través de analizar a los negros antillanos se puede ampliar el campo de la descripción e incluir paralelismos con todos los pueblos colonizados. De manera que aunque las conclusiones del estudio están enfocadas a las Antillas francesas, nos dice que no ignora el hecho de que estos patrones de comportamiento se repiten en cada pueblo que ha sido sujeto a la colonización del hombre blanco. Este movimiento de lo particular a lo universal y de retorno a lo particular es lo que le permite hacer conexiones entre el mundo colonial de las Antillas y el mundo colonial en otras partes del mundo.

Para Fanon, la deshistorización del colonialismo y del racismo se ejemplifica en los trabajos de Octave Mannoni. Éste atribuye el complejo de inferioridad de los colonizados al hecho de ser grupos de color demográficamente minoritarios dentro de un país con una mayoría de otro color. Sin embargo, Fanon le responde que en Martinica, África del sur y en las colonias europeas, los blancos son una minoría demográfica y ningún blanco ha desarrollado

un complejo de inferioridad por ser una minoría demográfica sino que, por el contrario, han desarrollado un complejo de superioridad. Los argumentos reduccionistas demográficos no logran dar cuenta de los complejos de inferioridad y superioridad producidos por un mundo racista colonial. El sentimiento de inferioridad del colonizado es intrínsecamente relacionado al complejo de superioridad del colonizador europeo. Fanon insiste en que tengamos la valentía de decirlo: es el racista el que crea a su inferior. Mannoni asigna una esencia básica a los malgaches, los encierra en un círculo cerrado y atribuye el complejo de dependencia a sus ancestros, a una característica tribal, desafiando todo criterio de objetividad, ignorando el hecho de que los malgaches, desde la llegada de los colonizadores a Madagascar en el siglo XIX, han cesado de existir como pueblo independiente. Según el esencialismo colonial de Mannoni, dicho complejo de dependencia intrínseca en la personalidad de los colonizados es lo que los induce a buscar colonizadores. Este reduccionismo individualista y psicologista termina, de manera perversa, poniendo el acento causal de la colonización en los colonizados mismos, método típico de las ciencias sociales coloniales donde el “efecto” se convierte en “causa”.

Mannoni anticipa por varias décadas el paradigma de la “cultura de la pobreza” que en la década de 1960 se usó para justificar la pobreza de los negros y las minorías racializadas en Estados Unidos a base de una característica psicologista o culturalista intrínseca a los propios colonizados. Los altos niveles de pobreza de los negros estadounidenses se explicaban porque tenían una patología en sus patrones de comportamiento familiar donde las familias son compuestas de un solo padre, en este caso la madre, y dicha característica se atribuye a un residuo cultural atemporal que proviene del África Occidental. Nada sobre el efecto de la esclavitud en la familia negra donde los hijos eran vendidos y los padres separados o sobre el racismo estructural existente en el presente de la sociedad estadounidense. El nefasto informe congressional del senador y profesor de Harvard, Daniel Moynihan, a mediados de los sesenta, fue el representante de esta posición que transformó el discurso racista biológico en un racismo culturalista en Estados Unidos.

Lo que queríamos de Mannoni, nos dice Fanon, y de Moynihan añadiría yo, era una explicación de la situación colonial que viven los pueblos colonizados y de cómo esta situación afecta sus vidas en el presente. En cambio, ellos miran para otro lado evadiendo el asunto crucial. Para ellos la personalidad del otro es vista como un conjunto de características preexistentes, atemporales, donde los cambios provocados por la reacción y comportamiento de los malgaches ante la llegada de los europeos o los cambios de conducta de los africanos con la llegada como esclavos a Estados Unidos no se toma en cuenta. No hay nada que se añada al “todo psíquico originario” de los colonizados, no hay historia, no hay estructuras de dominación. Los colonizados están congelados en estructuras psíquicas atemporales típicas de lo que Edward Said llamó varias décadas más tarde “orientalismo”.

Lo que han olvidado Mannoni o Moynihan es que los malgaches/afroamericanos, solos o aislados, ya no existen como unidad de análisis, y que únicamente existen en relaciones de subordinación con los europeos al interior de un sistema-mundo. La llegada del hombre europeo a Madagascar o la llegada de africanos como esclavos a Estados Unidos derrumbó no solamente sus horizontes de sentido sino también sus mecanismos psicológicos propios. Fanon insiste en que una isla como Madagascar, invadida de la noche a la mañana por los “pioneros de la civilización” europea, sufrió la pérdida de sus estructuras sociales, culturales y psíquicas básicas. La llegada del hombre blanco a Madagascar produjo una herida imposible de cuantificar. Las consecuencias de la irrupción de los europeos en Madagascar o de los blancos esclavistas en Estados Unidos no fueron solamente psicológicas. Fueron alteradas las relaciones internas entre la conciencia y el contexto social. Si un malgache o un negro en las Américas ha sido inducido a preguntarse si es un ser humano es porque su realidad como humano a nivel socioestructural y psíquico ha sido desafiada con la llegada del hombre blanco.

En otras palabras, Fanon enfatiza en que se empieza a sufrir por no ser blanco en el mismo grado en que el hombre blanco impone un sistema social de discriminación racial sobre el colonizado, lo transforma en un nativo colonial, le roba todo valor, toda individualidad, y encima le dice que es un parásito en el mundo y que debe asimilarse tan pronto como pueda al mundo blanco. Entonces, la respuesta de muchos colonizados es simplemente buscar a toda prisa hacerse blanco, es decir, hacerse humano por medio de persuadir al hombre blanco de que se es blanco también. Otra respuesta es buscar ser iguales, no como blancos sino como humanos. Pero Mannoni va a decir que la igualdad es imposible porque en lo profundo del ser colonizado existe un complejo de dependencia que lo imposibilita de verse como igual al colonizador. Como dice Mannoni:

No todos los pueblos pueden ser colonizados, solamente aquellos que experimentan esta necesidad de dependencia [...] Donde quiera que los europeos han fundado colonias del tipo que estamos considerando, se puede decir con seguridad que su venida estaba inconscientemente esperada —incluso deseada— por los pueblos sometidos. Dondequiera existen leyendas adelantando la llegada de extraños llegados por mar, cargando grandes regalos con ellos.

Es obvio que para Mannoni el hombre blanco actúa obedeciendo a un complejo de autoridad, un complejo de liderato, mientras que los malgaches obedecen a un complejo de dependencia. Así, todo el mundo está satisfecho y se explican las relaciones de dominación coloniales a partir de estructuras psíquicas culturales que son naturales y atemporales.

Fanon afirma que cuando la pregunta emerge acerca de comprender por qué el europeo, el extranjero, llamado *vazaha* (que quiere decir extranjero honorable en Madagascar) al llegar con sus barcos fueron bienvenidos con

brazos abiertos y nunca fueron pensados como enemigos, en lugar de explicar estas cosas en términos de humanidad, de buena voluntad, de cortesía, característica básica de lo que Césaire llama “la vieja civilización respetuosa”, los académicos nos dicen que esto pasó simplemente porque está inscrito como un jeroglífico en las estructuras psíquicas atemporales —específicamente el inconsciente— de los colonizados que hace que vean en el hombre blanco al amo deseado y esperado por tanto tiempo. El inconsciente naturalizado en estructura atemporal como explicación causal de la dominación colonial es una explicación que encontramos con frecuencia no solamente en la sociedad racista sino en las ciencias sociales coloniales. Ante este reduccionismo psicologista, Fanon propone incorporar los procesos psíquicos dentro del contexto del mundo social y afirma que:

1. Si el paciente sufre de un complejo de inferioridad y debido a esto su estructura psíquica está en peligro de desintegración, el deber del psicoanalista es salvarlo de esto y, poco a poco, contribuir a eliminar este deseo inconsciente.

2. Si el paciente está abrumado a tal grado por este deseo de ser blanco, es porque vive en una sociedad que hace su complejo de inferioridad posible, en una sociedad que deriva su estabilidad a base de perpetuar este complejo, en una sociedad que proclama la superioridad de una raza sobre otra; en la medida en que esta sociedad crea dificultades estructurales raciales para el paciente, se encontrará incrustado en una situación neurótica. Lo que emerge entonces es la necesidad de acción simultánea en el individuo y en el grupo. Fanon dice que su deber como psicoanalista es ayudar al paciente a devenir consciente de su inconsciente y abandonar sus intentos de alucinación, de blanqueamiento, pero que también tiene el deber de actuar en la dirección de un cambio en la estructura social. Uno sin el otro no lleva a ninguna solución social ni individual.

Para Fanon, metodológicamente hablando, el analista social puede escoger entre dos actitudes hacia el sujeto: puede quedar satisfecho con solamente describir a la manera de un anatomista la realidad porque en sus investigaciones nunca hay un cuestionamiento de ellos mismos sino de los demás; o bien, una vez descrita la realidad, el investigador puede decidir cambiarla. En principio, lo que importa para Fanon no es recolectar datos y conductas, sino encontrar su significado e intervenir políticamente a nivel psíquico y estructural para la transformación del sistema social que produce complejo de superioridad en los blancos y complejo de inferioridad en los negros, que produce la dominación y explotación de los segundos por los primeros.

Pasando a las Antillas, Fanon nos dice que el antillano es un hombre crucificado. El medio ambiente, que él no ha formado, sino que lo ha formado a él, lo ha ahogado y descuartizado. Habiendo establecido el hecho que si un paciente negro ha logrado en sueños el deseo de devenir blanco —esto es, ser un ser humano— le demostraría que su neurosis, su inestabilidad, la ruptura de su ego emerge de la ficción racista que lo gobierna, y no como haría M. Mannoni con los malgaches: “Yo creo que tú simplemente tienes que

resignarte a mantenerte en el lugar que se te ha asignado”. Fanon insiste en que jamás diría esto sino lo contrario: “El medio ambiente, la sociedad es responsable de tu delusión”. Una vez dicho esto, el resto se deriva por sí mismo y lo que esto significa ya lo sabemos: luchar por el fin del mundo social en que vivimos.

En otras palabras, para Fanon los negros no deben ser más confrontados con el dilema de convertirse en blancos versus desaparecer. Deben ser capaces de retar la colonialidad del ser por medio de tomar reconocimiento de la posibilidad de existir. Si la sociedad crea dificultades para ellos por su color de piel, si en sus sueños se establece que expresan un deseo inconsciente de cambiar de color, el objetivo como psicoanalista no va a ser disuadirlos de esto aconsejándoles que se queden en el lugar que les corresponde. Por el contrario, el objetivo, una vez sus motivaciones han sido traídas a la conciencia, será ponerlos en la posición de escoger actuar o mantenerse pasivos con respecto a la fuente real del conflicto —esto es, hacia la sociedad capitalista colonial—. Para Fanon, la respuesta a este dilema es clara: actuar para transformar las estructuras sociales y las relaciones de poder.

Fanon concibe el libro como una intervención político-psicológica y abre el mismo con una declaración acerca de su punto de vista metodológico, que podríamos llamar como el método de la “epidermización” y que podríamos resumir como “el adentro es el afuera y el afuera es el adentro diferenciadamente vivido para un blanco que para un negro en un mundo racista colonial”. Sin embargo, al mismo tiempo, Fanon declara que hay que dejar las cuestiones de método a los botánicos y los matemáticos porque hay un punto en que los métodos se devoran a sí mismos. Aquí entra lo que Lewis R. Gordon (2007), filósofo fanoniano, ha llamado “decadencia disciplinaria”. La decadencia se produce cuando los métodos disciplinarios evaden/mistifican el análisis de la realidad social para salvar el método de la disciplina académica, en lugar de subsumir el método al análisis de la realidad. De ahí el desprecio de Fanon por las metodologías disciplinarias que solamente buscan reproducir sus propios cánones disciplinarios coloniales en lugar de servir a los procesos de liberación decoloniales. Es el mundo colonial, el mundo que ha creado la teoría seudocientífica de que el negro es un estadio en la lenta evolución entre el mono y el “hombre”, el que hay que transformar radicalmente. Parfraseando a Marx, se pregunta cómo podemos ser sordos e indiferentes ante aquella voz que corre a través de la historia y que nos dice que “de lo que se trata no es de conocer el mundo, sino de transformarlo”.

COLONIALIDAD LINGÜÍSTICA Y RACISMO EPISTEMOLÓGICO

Hablar no es un acto neutral en este mundo occidental capitalista/patriarcal moderno/colonial. En la colonialidad lingüística global hay una jerarquía donde las lenguas europeas son la cima de la superioridad y la civilización,

inferiorizando todas las otras lenguas del mundo. Para Fanon, hablar significa usar un lenguaje que es equivalente a asumir una cultura y el peso de una civilización. Cada dialecto es una manera de pensar. Hablar un lenguaje es asumir un mundo, una cultura. La lengua de un ser humano posee el mundo expresado e implicado por su lenguaje. El dominio de un lenguaje provee un poder simbólico fundamental. El negro de las Antillas que quiere llegar a ser blanco será blanqueado en proporción directa a obtener un mayor dominio del instrumento cultural que representa el lenguaje del colonizador. En un mundo occidentalizado y eurocentrado el axioma de la educación colonial es: “a mayor educación, mayor el complejo de inferioridad”. El problema que confrontan los negros en un mundo racista colonial blanco es que será proporcionalmente más blanco, es decir, estará más cerca de ser realmente un “verdadero ser humano” y salir de su “animalidad” en proporción directa a su dominio de las lenguas europeas. Todo pueblo racialmente colonizado, es decir, todo pueblo que en su alma se ha sembrado un complejo de inferioridad por medio de la muerte y sepultamiento de su cultura local originaria, se encuentra cara a cara con el lenguaje imperial de la nación “civilizadora” colonial. El colonizado es elevado por encima del estatus de la jungla en proporción directa a su adopción de los estándares culturales del país colonizador. Un negro que domina la cultura y la lengua del colonizador es visto por los otros blancos como un negro blanqueado, otorgándosele estatus o título de “blanco honorario”. Se hace más blanco en la medida en que renuncia a su jungla, a su negritud, a su lengua no europea, a su epistemología no occidental.

En las Antillas, como en la Bretaña, coexiste un dialecto junto a la lengua francesa. Pero para Fanon sería un error hacer equivalente ambas experiencias coloniales. Los bretones, contrario a los antillanos, no se consideran ni son construidos como racialmente inferiores al pueblo francés. Los bretones no han sido “civilizados” por el hombre blanco. El caso de los bretones es colonialismo sin colonialidad (sin jerarquía racial a nivel social y epistemológico), mientras el caso antillano es colonialismo con colonialidad, con racismo, con inferiorización racial (véase Quijano, 2000, para la diferenciación entre colonialismo y colonialidad, ya anticipada por Fanon en este libro de principios de los cincuenta del siglo pasado).

Fanon nos dice que en el mundo colonial la medida de humanidad la define la distancia o cercanía al hombre blanco. De ahí que los negros sean infantilizados, es decir, vistos como una etapa premoderna, primitiva, inmadura de la humanidad. El negro es visto como alguien que no habla, sino que balbucea, lo cual lo infantiliza y lo hace más cercano a los niños. Las estructuras de inferiorización racial y su epidermización (internalización) por los sujetos colonizados mismos es constitutivo a la experiencia de los negros en un mundo colonial blanco. Al extranjero europeo en Francia se le reconoce cultura, un país y hasta pueden llegar a ser abogados o ingenieros. Pero a un negro no se le reconoce cultura, ni civilización ni un largo pasado histórico. Pertenece a los “pueblos sin historia” de Hegel. El hombre negro está obligado a ser un buen

“negrito”. Una vez esto está asumido, lo demás está socialmente derivado: la víctima eterna de una esencia, una apariencia fijada desde la exterioridad del mundo blanco de la cual los negros no son responsables.

De ahí la ansiedad de muchos intelectuales negros en probarle al mundo blanco la existencia de una civilización negra a toda costa. Pero para Fanon la estrategia de asimilarse por medio de la lengua, la filosofía o por medio de mostrar que el negro es también inteligente, no salva a nadie, es hacerse cómplice de las premisas del pensamiento racista hegemónico. Las políticas de reconocimiento no eliminan la línea de color de la jerarquía racial. Si la filosofía y la inteligencia han sido invocadas para proclamar la igualdad de los negros, ellas también han sido invocadas para justificar el exterminio de seres humanos aludiendo a su falta de racionalidad y, por tanto, a su animalidad. Desde el punto de vista adoptado por Fanon, no hay un “problema negro”. Él se opone a esta caracterización que internaliza de manera unilateral en los negros su situación de inferioridad social. Pero nos dice que, si hubiera que usar este lenguaje, en todo caso, lo que existe es un problema que es accidentalmente (nunca esencialmente) blanco. Fanon insiste que el problema se remite no a una esencia racial de las personas sino a un sistema de dominación y explotación capitalista colonial/racista que opera al mismo tiempo en el plano psicológico-económico.

De manera que es entendible que la primera acción de un negro sea una reacción y como el negro es apreciado en términos de cuán asimilado está al blanco, es también entendible porqué el negro recién llegado de Francia a las Antillas se expresa solamente en francés negando el uso del creole. El negro quiere enfatizar la ruptura que ha ocurrido entre su mundo de inferioridad colonial y el nuevo mundo de superioridad francesa que se le abre al migrar a Francia. Fanon lapidariamente señala que dondequiera que hay falta de entendimiento entre sujetos colonizados frente al hombre blanco, hay ausencia de juicio: “Dios es blanco, no puede ser negro. Blanco es ser rico, bello e inteligente”. Es por el sentido de inferioridad que el negro aspira a ser admitido por el mundo blanco. El negro esclavizado en su inferioridad y el blanco esclavizado en su superioridad, ambos se comportan de acuerdo con una orientación neurótica. Para el negro, se trata de escapar de su individualidad, liquidando su propia presencia, expresando una obsesión neurótica por ser aceptado y asimilarse al blanco que muchas veces raya en el delirio.

EL RACISMO EUROPEO, LOS MIGRANTES Y LOS PROBLEMAS DE “OBJETIVIDAD”

Hoy día existe un viejo debate donde los imperios se jactan de tener el mejor modelo de integración de migrantes/minorías/otredades y acusan al imperio con el cual compiten de tener el peor modelo. Después de los atentados de julio del 2005 en Londres, los intelectuales y la clase política francesa dedicó página tras página en la prensa a denunciar el fracaso del “modelo

multiculturalista británico”. Unos meses más tarde, durante los levantamientos de las minorías en los *banlieues* de Francia en noviembre del 2005, los intelectuales y la clase política británica le devolvieron la misma píldora a los franceses con denuncias del “modelo republicano francés”. Dije antes “viejo debate” porque lo mismo ocurría en el Caribe en los siglos XVIII y XIX con lo que se conoce como la “leyenda negra”. Cada imperio se jactaba de ser el “amo de esclavos más humanitario” y acusaban al imperio contrincante de ser el peor esclavista. Nadie cuestionaba la esclavitud de seres humanos, lo que se cuestionaba era quien era el “amo” de esclavos más “humanista” y menos “abusivo”. Afirmaciones como éstas se repiten ahora con el trato a las minorías y los migrantes dentro de las metrópolis, perdiendo de vista que no importa la estructura de cada modelo de integración, estos serán incompletos y corruptos de no haber una superación del problema del racismo. Sea el modelo republicano o el modelo multicultural, hoy ninguno funciona debido al racismo colonial imperante en los centros metropolitanos del sistema-mundo. El racismo es como un virus que corrompe todo lo que toca.

Fanon insiste en que los que toman como su responsabilidad el trabajo de describir el colonialismo no deben olvidar una cosa: que es utópico hacer el intento de comparar en qué forma un tipo de comportamiento inhumano difiere de otro tipo de comportamiento inhumano. Para Mannoni, a quien Fanon critica sin descanso en el libro, Francia es incuestionablemente uno de los países menos racistas del mundo. La implicación de Mannoni es que los negros franceses deben estar complacidos porque su contraparte en Estados Unidos está peor. Pero Francia es una sociedad racista. El inconsciente colectivo de Francia reproduce el mito del negro malo e inferior. Fanon pregunta: ¿Existe alguna verdad en decir que hay una diferencia entre un racismo y otro? ¿No muestran todos los racismos el mismo colapso, la misma bancarrota de la civilización occidental y de sus estructuras sociales? Fanon insiste en afirmar de una vez y por todas el siguiente principio: una sociedad es racista o no es racista. Hasta que la evidencia no pruebe lo contrario, una serie de problemas van a tener que dejarse de lado. Decir cosas como que “el norte de Francia es menos racista que el sur”, que “el racismo es el resultado de los sectores populares y por tanto no tiene nada que ver con las clases dominantes”, que “Francia es uno de los países menos racistas en el mundo” son para Fanon el producto del propio racismo imperante que produce personas incapaces de pensar soseadamente.

Pero para Fanon la respuesta a estos dilemas no es producir conocimientos objetivos y neutrales en el sentido de las ciencias sociales cartesianas, pero tampoco sostiene la idea de que solamente aquel que sufre tenga acceso privilegiado al conocimiento de una relación de poder. Nos dice:

Sinceramente creo que una experiencia subjetiva puede ser entendida por los demás y no me daría ningún placer anunciar que el problema de los negros es mi problema exclusivo y que solamente un negro pudiera estudiarlo. Pero me parece

que el señor Mannoni no ha intentado ponerse a él mismo en la posición desesperada de una persona de color frente al hombre blanco (Fanon, 1975: 119).

Fanon insiste en el aspecto metodológico de situarse epistémicamente (aunque sea imposible situarse socialmente) en la posición geopolítica y corporal del otro oprimido en una relación de dominación para poder producir conocimientos relevantes y adecuados a la transformación de la realidad. Fanon nos dice que en este libro se ha propuesto transmitir la miseria que viven los negros: física y afectivamente. Y añade: “No me he propuesto ser objetivo. Aparte de que eso sería deshonesto: No es posible para mí ser objetivo”. Es decir que para Fanon no es posible para nadie ser objetivo, pues la objetividad en el sentido de neutralidad es un mito eurocéntrico. Esto no quiere decir que no se pueda ser objetivo en el sentido de producir un conocimiento que sirva y sea relevante y adecuado a la liberación y decolonización del mundo. Pero aquí el concepto de objetividad rompe con la noción cartesiana de neutralidad o de pensar desde el “ojo de Dios”. “Objetivo” es un conocimiento que se produce acerca de la realidad desde el punto de vista, desde la geopolítica del conocimiento y la corpo-política del conocimiento, de aquellos que intentan transformarla más allá de la colonialidad del poder, del saber y del ser.

Fanon añade que la ontología, una vez que finalmente se admite que deja de lado la existencia, no nos permite entender el ser de los negros pues en el mundo blanco ellos pertenecen al NO-SER, a los “condenados de la tierra”. Pues no solamente los negros tienen que ser negros, sino que tienen que ser negros en relación con el hombre blanco, con los “afortunados de la tierra”. Los negros no tienen ninguna resistencia ontológica frente al hombre blanco. De la noche a la mañana, los negros han cedido el marco de referencia epistemológico dentro del cual pueden existir por sí mismos: su metafísica, sus conocimientos otros, o menos pretensiosamente, sus costumbres y las fuentes en que están basadas, fueron eliminadas porque estaban en conflicto con la civilización blanca occidental. El proceso de expansión colonial europea ha destruido la epistemología no occidental de los pueblos colonizados y su mundo ontológico propio siendo estos inferiorizados y sometidos al mundo ontológico blanco y su marco epistemológico categorial occidental. Las epistemologías no occidentales son igualmente inferiorizadas junto a los cuerpos negros. “El negro es un animal”, “el negro es malo”, “el negro es mal intencionado”, “el negro es feo” y “sus conocimientos son supersticiones sin validez en la realidad”. “Los negros son salvajes, brutos, analfabetos”. Ninguna excepción es hecha con maneras refinadas, conocimiento de literatura, o entendimiento de la teoría cuántica. El negro es odiado, rechazado, detestado, marginado por pertenecer a toda una raza. Para Fanon, estamos frente a algo que no es razonable, que no es racional, que no es negociable. Y añade que si los psicoanalistas dicen que no hay nada más traumático para un niño que sus encuentros con algo que es racional, de la misma manera para un hombre cuyo instrumento es la razón no hay nada más neurótico que el contacto con la sinrazón.

La biología y los científicos demuestran que el hombre negro es un ser humano. En el abstracto, los negros son considerados seres humanos con el corazón en el lado izquierdo como cualquier otro ser humano. Pero —sentencia Fanon— en ciertos puntos el hombre blanco y su civilización se mantienen inmóviles.

LA FAMILIA Y LAS ESTRUCTURAS PSÍQUICAS

Fanon hace observaciones metodológicas muy importantes con respecto a la relación entre la estructura familiar y la estructura psíquica. Nos dice que en Europa hay una estrecha conexión entre la estructura familiar y la estructura de la nación. La militarización y centralización de la autoridad en un país automáticamente envuelve la resurgencia de la autoridad del padre. En Europa y en cada país caracterizado como civilizado o civilizándose, la familia es un microcosmos de la nación. Cuando el niño blanco sale de la sombra de sus padres, se encuentra a sí mismo una vez más entre las mismas leyes, los mismos principios, los mismos valores como una continuidad entre los valores que aprende en la estructura familiar y los valores de la vida extrafamiliar. No hay discontinuidad entre la vida de la familia y la vida de la nación. Lo mismo ocurre con sociedades no occidentales que no han sido sometidas al proceso de colonización. Pero observamos lo contrario con las personas de color en el mundo racista colonial, es decir, una discontinuidad entre las relaciones familiares con sus principios y sus valores y las relaciones sociales extrafamiliares. Un negro con una niñez normal, habiendo crecido en una familia normal, se convertirá en anormal al menor contacto con el mundo blanco generando una neurosis social entre los valores aprendidos en el mundo familiar negro y la inferiorización del mundo blanco extrafamiliar.

Transformando el concepto de Jung, Fanon nos dice que la “conciencia colectiva” es blanca. Nos pone de ejemplo cómo Tarzán y otros pasquines del hombre blanco para niños blancos, son leídos por niños negros en las colonias. El niño negro vive la fantasía de un explorador, un aventurero, un misionero que confronta el peligro de ser comido por los negros. El niño negro, que en sus lecciones en la escuela se le repite una y otra vez “nuestros ancestros son los galos”, se identifica con el hombre blanco, el explorador, el importador de civilización que trae la verdad a los salvajes —toda una “verdad” blanca—. Se produce entonces una identificación, es decir, el niño negro subjetivamente adopta la actitud del hombre blanco. Aludiendo a su experiencia antillana, Fanon nos dice que poco a poco podemos observar en el niño antillano la cristalización y formación de una actitud y de una manera de pensar que son esencialmente blancas. Cuando en la escuela Fanon tenía que leer historias de salvajes contadas por el hombre blanco, él dice que siempre pensaba en los senegaleses. Durante su niñez, nos dice que dedicaba largas horas a hablar acerca de las supuestas costumbres de los salvajes

senegaleses. En lo que se decía había una falta de conciencia que era paradójica porque el antillano no se piensa a sí mismo como negro sino como antillano. Los negros, para los antillanos, viven en África. Subjetivamente, intelectualmente, los antillanos se comportan como el hombre blanco siendo ellos mismos negros. Aprenden que son negros cuando van a Europa o entran en contacto con europeos y escuchan la palabra NEGRO mencionada. Así es como reconoce que la palabra lo incluye tanto a él como al senegalés. Seguidamente, Fanon concluye que: debe haber el establecimiento de revistas especiales para los niños negros, de canciones para los niños negros y la publicación de libros de historia especiales para ellos, al menos a través de los grados de la escuela primaria. Hasta que no haya evidencia de lo contrario, si hay traumatismo esto ocurre durante la niñez y se puede evitar ofreciendo literatura hecha para niños negros. El joven antillano es un francés llamado todo el tiempo a vivir con compatriotas blancos y con conciencia de blanco, siendo al mismo tiempo rechazado por el mundo blanco.

De esta experiencia del niño negro en un mundo colonial blanco, Fanon hace un cuestionamiento al psicoanálisis y se pregunta en qué medida las conclusiones de Freud o de Adler pueden ser aplicadas al esfuerzo de comprender la perspectiva del mundo de los sujetos de color. La tarea del psicoanálisis es comprender los patrones de comportamiento dados —dentro del grupo específico representado por la familia—. Cuando el problema es una neurosis experimentada por un adulto, la tarea del analista es desocultar en la nueva estructura psíquica una analogía con ciertos elementos de la infancia, una repetición, duplicación de conflictos que debe su origen esencialmente a la constelación familiar. En cada caso, el analista se agarra del concepto de la familia como una “circunstancia y objeto psíquico” (Lacan). Aquí, sin embargo, la evidencia es particularmente más compleja cuando incorporamos la experiencia del negro en un mundo blanco. La familia blanca es el agente de cierto sistema. La sociedad es la suma de todas las familias en ella. La familia es una institución que prefigura una institución más amplia: el grupo social o nacional. La familia blanca es el taller en el cual se forma y se entrena para la vida en sociedad a los individuos. Citando a Marcus, Fanon nos dice que la estructura familiar es internalizada en el superego y proyectada en el comportamiento político y social.

Mientras se quede entre su propio grupo, el niño negro sigue el mismo curso que el niño blanco. Pero si va a Europa o si se confronta con el mundo blanco en la sociedad colonial, va a tener que revalorizar todo su SER, toda su existencia. El negro antillano en Francia, que es su “país”, se siente diferente al resto de la gente. Uno puede oír el comentario: el negro se hace a sí mismo inferior. Pero la verdad es, enfatiza Fanon, que el negro es hecho, producido como inferior. El joven antillano es un francés llamado constantemente a convivir con compatriotas blancos. La familia antillana para todo propósito práctico no tiene conexión con la estructura nacional francesa o europea. El antillano vive socialmente una neurosis al tener que decidir entre su familia o la sociedad

europea; en otras palabras, el individuo negro que experimenta movilidad en la sociedad blanca y “civilizada” tiene que rechazar a su familia negra y “salvaje” en el plano de la imaginación de acuerdo a la *erlebnisse* (experiencia) de su niñez. Si en el esquema de Marcus la institución de la familia socializa al individuo en las reglas de y para servir a la sociedad, en la experiencia negra en un mundo blanco, el individuo se encuentra empujado en dos direcciones opuestas entre la familia y la sociedad y la estructura familiar es retrocedida al Id. Fanon decoloniza el psicoanálisis por medio de reubicarlo epistémicamente dentro del contexto fenomenológico de la geopolítica y la corpo-política del conocimiento de un negro en un mundo blanco. Pero podría ser objetado que Fanon está describiendo un fenómeno que es universal. A esto Fanon responde que esta crítica va en la dirección equivocada porque para el negro existe un mito social que tiene que confrontar. Un mito sólidamente establecido por el mundo blanco. El negro no sabe del mito mientras su existencia se limite a su propio medio ambiente entre otros negros. Pero el primer encuentro con el hombre blanco lo oprimirá con todo el peso de su negritud.

La afirmación de que la cultura europea tiene una imagen del negro que es responsable de todos los conflictos que surgen, constituye una descripción de la realidad que no va más allá de ella pues no resuelve el problema de fondo. El negro leal reproduce esta imagen y algunos escritores serios se han hecho sus portavoces. El negro es reducido a sus genitales, a un pene. El hombre blanco está convencido de que el negro es una bestia; si no es el largo de su pene, es la potencia de su sexualidad lo que le impresiona. Cara a cara con este hombre que es “diferente de él”, el blanco necesita defenderse. En otras palabras, necesita personificar al otro. El otro se convertirá en la mayor de sus preocupaciones y deseos.

Contra los argumentos universalizantes del negro en Sartre, hay una crítica hecha por Michel Cournot que dice que hacen falta análisis más particularizados de la historia colonial, nacional y local diversa de la situación colonial y no subsumir a los negros en un universalismo abstracto. Fanon acepta esta crítica, pero seguidamente añade: en la situación universal del negro hay una ambigüedad que es resuelta en la existencia concreta. Esto lo sitúa al lado del judío. Contra todos estos argumentos particularistas, enfatiza en el hecho de que: dondequiera que va, el negro sigue siendo un negro. El racismo antinegro es un fenómeno universal del sistema-mundo capitalista colonial. Si el niño blanco no tiene contacto directo con negros, lo tiene indirectamente a través de la literatura colonial sobre el negro: orgánicamente inferior, en la jungla, próximo a la naturaleza. De ahí la doble experiencia de los negros en el mundo occidental colonial entre su estructura familiar y el mundo blanco extrafamiliar. En la primera aprende que es un ser humano como cualquier otro, mientras que en la otra aprende que es inferior y está más cercano al mundo animal. Es en esta encrucijada que emerge la doble conciencia de los negros de la que hablaba el sociólogo afroamericano William E. B. Du Bois (2003) desde 1901.

NEGROFOBIA Y JUDEOFOBIA

El negro es un objeto fobogénico, un estímulo a la ansiedad entre los blancos. La fobogénesis negra está generalizada en diversos pacientes blancos en Francia que Fanon, como psicoanalista, ha atendido. Nos dice que es muchas veces olvidado que la neurosis no es un elemento universal de la realidad o naturaleza humanas porque el Edipo es un complejo muy lejos de existir entre los negros y no por la estructura matriarcal de la que habla Malinowski. Enfatiza en que sería relativamente fácil para él demostrar cómo el 97 por ciento de las familias antillanas francesas no pueden producir una neurosis edipal. Para Fanon toda neurosis, cada manifestación anormal, cada problema afectivo en un antillano es el producto de su situación sociocultural. En otras palabras, hay una constelación de postulados, una serie de proposiciones que lenta y sutilmente —con la ayuda de libros, periódicos, escuelas y sus textos, publicidad, películas, radio (televisión)— van penetrando en la mente de uno formando la visión que uno tiene del grupo al que se pertenece. En las Antillas esa visión del mundo es blanca porque no existen voces negras. Cuando un negro entra en contacto con el mundo blanco, cierta sensibilización hacia éste toma lugar. El hombre negro deja de comportarse como una persona que puede realizar un acto propio (*actional*) y el objetivo de su conducta será el otro (es decir, el hombre blanco), pues solamente el otro puede valorizarlo, esto es, al nivel ético otorgarle autoestima.

Pero hay algo más que Fanon señala: El negro es un “objeto” fobogénico. ¿Qué es la fobia? Citando a Hesnard nos dice que la fobia es una neurosis caracterizada por la ansiedad temerosa hacia un objeto (en el sentido amplio del término que incluye cualquier cosa fuera del individuo) o de una situación. El objeto debe tener ciertas características que despierten temor y revulsión. El objeto está sobredeterminado por la estructura psíquica del fóbico. Tiene que evocar algún afecto en el paciente. La fobia es la presencia latente de este afecto en la raíz de su mundo. El objeto no tiene que estar presente, es suficiente que exista en algún lugar, que sea una posibilidad, para que sea fetichizado de intenciones malignas y de atributos maléficos. En el fóbico, el afecto tiene prioridad y desafía todo pensamiento racional pues es una persona gobernada por las leyes de la prelógica racional y afectiva: métodos de pensamiento y sentimiento que se remontan a la edad en que tuvo la experiencia que desestabilizó su seguridad. Siguiendo a Marcus, Fanon nos dice: es la actitud la que crea el contenido y no el contenido el que crea la actitud.

Todo antisemita es inevitablemente un antinegro, afirma una y otra vez Fanon a través del texto. Con agudos y muy sutiles análisis, Fanon señala que en la persona “racial-fóbica” (palabra mía, no de Fanon), el judío es temido por su intelecto, mientras el negro es temido por su sexo. Si el judío se roba el país, el negro se roba las mujeres. El negro simboliza peligro biológico (hay que castrarlo), el judío representa peligro intelectual (hay que esterilizarlo). Cada ganancia intelectual requiere una pérdida en potencia sexual. El

hombre blanco “civilizado” retiene un deseo irracional hacia la época en que podía tener licencia sexual libre, escenas orgásticas, violaciones incastigables, e incesto sin represión. Proyectando sus propios deseos sobre los negros, el hombre blanco se comporta como si el negro realmente tuviera estos deseos irracionales. Cuando se trata de los judíos el problema es claro: son sospechosos porque quieren poseer riqueza o tomar las posiciones de poder. Pero el negro en el imaginario blanco ha sido fijado en los genitales. Dos peligros en la fobia racial del hombre blanco: el intelectual simbolizado por el judío y el sexual simbolizado por el negro. El negro es solamente biología pues los negros son animales, andan desnudos y solamente Dios sabe lo que hacen. De manera que quien dice violación sexual, dice negro...

EL INCONSCIENTE COLECTIVO COMO IMPOSICIÓN IRREFLEXIVA DE LA CULTURA

La civilización europea contiene en el centro de lo que Jung llama el “inconsciente colectivo”, un arquetipo, un mito: una artillería de expresiones y narrativas negativas acerca del salvaje incivilizado, del negro que duerme dentro de cada hombre blanco. Jung localiza el inconsciente colectivo en la materia cerebral heredada. Pero para Fanon, corrigiendo a Jung, el inconsciente colectivo no tiene nada que ver con los genes, sino que es pura y simplemente la suma de los prejuicios, mitos, actitudes colectivas de un grupo dado como resultado de una producción sociocultural. La acusación de Fanon a Jung es haber confundido instinto y hábito. A nivel filosófico, se trata del viejo problema acerca del instinto vs. el hábito: el instinto es innato, invariable, específico; el hábito es adquirido. En la perspectiva jungiana, el inconsciente colectivo está determinado por la estructura cerebral, donde los mitos y los arquetipos son permanentemente engranados en la raza. Para Fanon éste no es en absoluto el caso. El inconsciente colectivo es cultural, adquirido, aprendido. No se trata de hacer un esencialismo acerca de que el inconsciente colectivo blanco sea distinto del inconsciente colectivo de los negros y reducir ambos a los genes. Esto sería equivalente a reproducir la lógica reduccionista racista. Fanon pone de ejemplo el caso de René Maran, escritor y Premio Gouncourt de literatura en 1921. Maran es un negro criado en Francia que ha “respirado” y “comido” los mitos y prejuicios de la Europa racista y asimilado el inconsciente colectivo de Europa. Fanon nos dice que René Maran siendo negro puede ser capaz de expresar odio hacia los negros. En Europa, el hombre negro es símbolo de maldad y este racismo antinegro puede ser absorbido lo mismo por un blanco que por un negro. “El torturador es un hombre negro”, “Satanás es negro”, “el negro es sucio” —sea suciedad física o suciedad moral—. Existe un número vasto de expresiones que hacen del hombre negro el equivalente de pecado y que son el resultado del inconsciente colectivo racista europeo. En el inconsciente colectivo del homo occidentalis, el negro simboliza la maldad, el pecado, el condenado, muerte, guerra y hambre. Todas las aves de rapiña son negras. Fanon indica que mientras uno no sea capaz de

entender esto, uno estará condenado a hablar en círculos sobre el “problema negro”. En Europa, esto es, en cada país civilizado o civilizándose, el negro es símbolo de pecado. El arquetipo con el valor más bajo está representado por el negro. Vivimos en un mundo racista antinegro donde la figura más baja es ser negro.

En Martinica, donde el inconsciente colectivo lo produce un país europeo, se reproducen todos los prejuicios del racismo antinegro. De manera que el inconsciente colectivo no es dependiente de la herencia cerebral como sostiene Jung. Es el resultado de lo que Fanon llama la “imposición irreflexiva de la cultura”. El negro colonizado se toma a sí mismo como un objeto capaz de asumir el peso del pecado original, de verse como inferior y culpable de todos los males. El hombre blanco escoge al hombre negro para esta función y el hombre negro blanqueado epistémicamente también escoge al hombre negro. El negro antillano es el esclavo de una imposición cultural. El negro es en todo el sentido de la palabra la víctima de la civilización blanca. Para retornar a lo psicopatológico, nos dice Fanon que el negro vive una ambigüedad que es extraordinariamente neurótica. Por tanto, no hay razón para sorprenderse cuando un antillano expresa las mismas fantasías que los europeos porque los antillanos comparten el mismo inconsciente colectivo que los europeos. Un antillano es hecho, producido como blanco por el inconsciente colectivo y por la totalidad de los mecanismos de individuación. El color de la piel, de la cual no hay ninguna mención en Jung, es negra y todas las inhabilidades del entendimiento nacen de este grave error. La conciencia moral implica una escisión, una fractura de la conciencia entre una parte blanca y una parte opuesta que es negra. Para lograr una conciencia moral en la sociedad blanca, es esencial que la parte negra y oscura desaparezca de la conciencia. De ahí que el negro siempre esté en combate con su propia imagen. El negro antillano por virtud de un tránsito ético de reconocerse como negro siente (como resultado del inconsciente colectivo) que es negro en la medida en que es malévolo, torpe, malicioso, instintivo. Todo lo opuesto a estos modos de conducta negra es equivalente a ser blanco. Fanon señala que el inconsciente colectivo debería ser reconocido como la fuente de la negrofobia en las Antillas. En el inconsciente colectivo, negro es igual a feo, pecado, oscuridad, inmoralidad. En otras palabras, negro es quien es inmoral. Si ordeno mi vida como un hombre moral, simplemente no soy negro. De ahí la costumbre martiniqués de decir que un hombre que no vale nada “tiene un alma negra”.

Un auténtico entendimiento de la realidad del negro puede ser alcanzado solamente rompiendo con la cristalización cultural del mito acerca de los negros. El punto que Fanon defiende aquí es que el mito del negro puede convertirse en un auténtico factor de alienación. El sentimiento de inferioridad es una característica antillana. No es solamente éste o aquel antillano quien encarna esta formación neurótica, sino todos los antillanos. La sociedad antillana es una sociedad neurótica, una sociedad de “comparaciones”.

Por tanto, el análisis fanoniano pasa del individuo nuevamente a la estructura social. Si hay una mancha, la misma descansa no en el “alma” o la “esencia” del individuo sino más bien en las estructuras sociales y el inconsciente colectivo que las produce y que se imponen a través de lo que Fanon llama la “imposición irreflexiva de la cultura”.

Fanon nos dice que de acuerdo a Hearnard, una persona normal es aquella que se libera de la culpa o quien ha logrado no someterse a ella. Cada individuo tiene que descargar la culpa de sus impulsos bajos a un genio maligno que es aquel definido por la cultura a la cual pertenece. Hemos visto que el genio maligno de la cultura europea es el negro. El genio maligno es el chivo expiatorio de todos los males. El chivo expiatorio de la sociedad blanca —que está basada en mitos de progreso, civilización, liberalismo, educación, ilustración, refinamiento— será precisamente la fuerza que se opone al triunfo y expansión de estos mitos. Esta fuerza de oposición brutal es suplida por el negro.

De lo dicho hasta ahora se puede concluir que el deseo de hacerse blanco por medio de casarse con un/a blanco/a o de convertirse cultural y epistémicamente en blanco es constituido por este inconsciente colectivo que produce un complejo de inferioridad a través de mecanismos de individuación que produce afectos y subjetividades en los negros propios del imaginario racista blanco. Si ser negro es símbolo de salvajismo y subhumanidad, si ser humano es equivalente a ser blanco, entonces para un negro llegar a ser un humano tiene por necesidad convertirse en blanco. Por tanto, es normal que los antillanos sean antinegros pues a través del inconsciente colectivo eurocentrado han tomado los arquetipos pertenecientes a los europeos. De manera que el problema es el siguiente: contrario al sentido común eurocéntrico, no existe un “problema negro” sino lo que existe es el “problema del racismo”.

Una vez finalizada la expansión colonial europea en el mundo, este imaginario racista se reproduce hoy día lo mismo por un blanco que por un negro o que por cualquier pueblo no occidental. Pero no hay dudas que dada la jerarquía de poder de supremacía blanca/europea/occidental en el sistema-mundo, son los grupos dominantes en la jerarquía etnoracial los que obtienen los privilegios y los recursos materiales del racismo en el mundo capitalista/patriarcal moderno/colonial. Concluye Fanon: el desastre del hombre de color descansa en el hecho de que ha sido esclavizado, inferiorizado. El desastre y la deshumanización del hombre blanco descansa en el hecho de que en algún lugar ha matado a un ser humano. Incluso hoy ellos subsisten para organizar esta deshumanización racionalmente. Esta organización racional de la deshumanización es precisamente la epistemología blanca, el racismo epistemológico que le da un marco explicativo teórico a la sinrazón de la razón blanca y a la cosificación de los seres humanos inferiorizados racialmente en la jerarquía etnoracial global.

SOLUCIONES

Siguiendo a Aimé Césaire, Fanon nos dice que la civilización occidental y sus mejores representantes son responsables del racismo colonial. Hitler sigue vivo en el trabajo forzado de los africanos, en el encarcelamiento masivo de jóvenes negros en Estados Unidos, en el insulto/persecución/maltrato a un judío/un negro/un árabe, en la deportación de inmigrantes, en las matanzas producidas por la invasión estadounidense y europea en Irak y Afganistán, en los torturadores israelíes y estadounidenses, en los muros y las matanzas de Israel en Palestina y el Líbano, en los regímenes árabes/africanos/latinoamericanos/asiáticos cómplices de la dominación y explotación de sus pueblos, etc. Nos han mentido, sentencia Fanon, Hitler no ha muerto, sigue vivo. Los europeos antes de ser sus víctimas fueron cómplices del nazismo, lo toleraron, lo exoneraron, cerraron sus ojos ante él, lo legitimaron porque hasta ese momento era empleado y todavía hoy día es empleado contra los pueblos no-europeos. Cada ciudadano de una nación es responsable de los crímenes cometidos a nombre de esa nación. No hay neutralidad. La pasividad ante la injusticia es cómplice de la misma. El hombre blanco busca evadir su responsabilidad por medio de lo que Fanon llama la “distribución racial de la responsabilidad”, es decir, proyectando en los otros, en las víctimas, la causalidad del problema racial achacándosele a una característica cultural ancestral de los pueblos inferiorizados por el racismo colonial.

Para Fanon, un hombre que inferioriza y maltrata a un hombre o mujer de color y no ve algo dañino en su comportamiento, es porque nunca se ha detenido a pensar. Pero lo importante no es que los negros se eduquen en los términos del eurocentrismo (el objetivo de la escuela colonial), sino que los negros se liberen por medio de una pedagogía decolonial que les enseñe a no ser esclavos de los propios arquetipos hegemónicos. Estos arquetipos y los colonizadores/colonizados que los repiten son producto de un sistema psicológico-económico. Fichte diría que el yo toma su lugar por medio de oponerse a sí mismo. Sí y no, Fanon le responde. En Fanon, el hombre es un sí. Sí a la vida. Sí al amor. Sí a la generosidad. Pero ser hombre es también ser un No. No al coraje. No a la degradación de los seres humanos. No a la explotación de los seres humanos. No a la carnicería de lo que es más humano entre los humanos: la libertad.

En la metafísica fanoniana, el comportamiento del hombre no es solamente reaccional, es también accional. Para Fanon, educar al hombre a ser accional, preservando en todas sus relaciones los valores básicos que constituyan un mundo humano, es la primera tarea de aquel que, habiendo pensado, se prepara para actuar. En Fanon, los humanos son movimiento hacia el mundo y hacia otros humanos: movimiento de agresión que se encamina hacia la esclavización o la conquista versus movimiento de amor, un regalo del yo, o lo que se llama por común acuerdo una “orientación ética”. El hecho es que un amor verdaderamente auténtico, es decir, desear

a los demás lo que uno postula para uno mismo como postulado que unifica los valores permanentes de la realidad humana, envuelve la movilización de los impulsos psíquicos básicos liberados de los conflictos raciales y sexuales producidos por el inconsciente colectivo. El amor auténtico permanecerá inalcanzable hasta que podamos expurgar ese sentimiento de inferioridad en los negros y de superioridad en los blancos. Ser blanco significa poseer belleza y virtud. Cada cual, encerrado en su propia peculiaridad, en un grito narcisista de celebración de su propia negritud o blanquitud, no conduce a ningún lugar.

Para Fanon, el problema discutido aquí es uno temporal, sistémico, o, para decirlo mejor, histórico-estructural. Muchos intelectuales negros buscan una salida al problema encerrándose en el pasado para encontrar una civilización negra que les dé autoestima o buscar barcos de esclavos que les dé razón de luchar. Para muchos negros la desalienación será lograda a través de rehusar aceptar el presente como definitivo. Pero subraya Fanon que de ninguna manera se debería derivar el propósito básico de la lucha buscando razones en el pasado de los hombres de color o dedicar la energía en el resurgimiento de una civilización negra injustamente no reconocida. Nos dice Fanon: “Yo no voy a hacer de mí un hombre del pasado. No quiero exaltar el pasado a costa de mi presente y de mi futuro”. Los vietnamitas no hacen su revolución debido a que han descubierto su cultura propia sino simplemente porque estaban, en más de una forma, imposibilitados de respirar. Los vietnamitas que mueren ante el pelotón de fusilamiento no están esperando que su sacrificio traiga la reaparición del pasado. Es por el objetivo del presente y por el futuro que ellos están dispuestos a morir. Si la cuestión de la solidaridad práctica con un pasado dado alguna vez surgiera, Fanon indica que sólo tendrá sentido en tanto yo me comprometa conmigo mismo y con mi vecino a luchar toda mi vida y con toda mi fuerza de manera que nunca más un pueblo en la tierra sea subyugado. Nunca fue el mundo negro el que determinó el curso de sus acciones. La piel negra no es una envoltura de valores específicos. Como ser humano, señala Fanon, tomo la responsabilidad de enfrentar la posibilidad de ser aniquilado con tal de que dos o tres verdades tengan su brillantez eterna sobre el mundo. Nada menos que la transformación del sistema es lo que se exige ante un mundo construido sobre la base de condenar a la miseria y a la inferiorización humana a la mayoría de la humanidad. Las ciencias humanas y las teorías sociales que no estén al servicio de producir este horizonte revolucionario decolonial en la realidad de las estructuras sociales y la subjetividad humana, no están a la altura de las necesidades y responsabilidades que exige la realidad contemporánea. Cada vez que un ser humano ha contribuido a la victoria de la dignidad del espíritu, cada vez que un ser humano ha dicho NO al intento de subyugar a los otros humanos, Fanon dice, “siento solidaridad hacia sus actos”. Y culmina el libro con una plegaria que dice:

Que las herramientas nunca posean a los hombres.

Que la esclavización de un hombre por otro cese para siempre.

De que sea posible para mí descubrir y amar a los humanos, dondequiera que estén. El negro no es, de la misma forma que el blanco tampoco es. Ambos tienen que darle la espalda a las voces inhumanas que son aquellas de sus respectivos ancestros de manera que la auténtica comunicación sea posible....

Mi última plegaria: O mi cuerpo, has de mí un hombre que siempre cuestione.

BIBLIOGRAFÍA

- Du Bois, William E. B. (2005), *The Soul of Black Folk*, Random House, Nueva York.
- Fanon, Frantz (1970), *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México.
- (1975), *Piel negra, máscaras blancas*, Editorial Abraxas, Buenos Aires.
- Gordon, Lewis (2007), *Disciplinary Decadence: Living Thought in Trying Times*, Paradigm Press, Boulder CO.
- Grosfoguel, Ramón (2007), "Implicaciones de las alteridades epistémicas en la redefinición del capitalismo global: transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad del poder", en M. Zuleta, H. Cubides y M. R. Escobar (eds.), *¿Uno solo o varios mundos?: Diferencia, subjetividad y conocimientos en las ciencias sociales contemporáneas*, Siglo del Hombre Editores, Bogotá, Colombia.
- Joachim, Marcus (1949), "Structure familiale et comportements politiques", *L'autorité dans la famille et dans l'Etat, Revue française de Psychanalyse*.
- Maldonado-Torres, Nelson (2008), *Against War: Views from the Underside of Modernity*, Duke University Press, Durham NC.
- Quijano, Anibal (2000), "Coloniality of Power, Eurocentrism, and Latin America", *Nepantla*, vol. 1, núm. 3, pp. 533-580.